De colegio noviciado a Museo Nacional del Virreinato

María del Consuelo Maquívar*

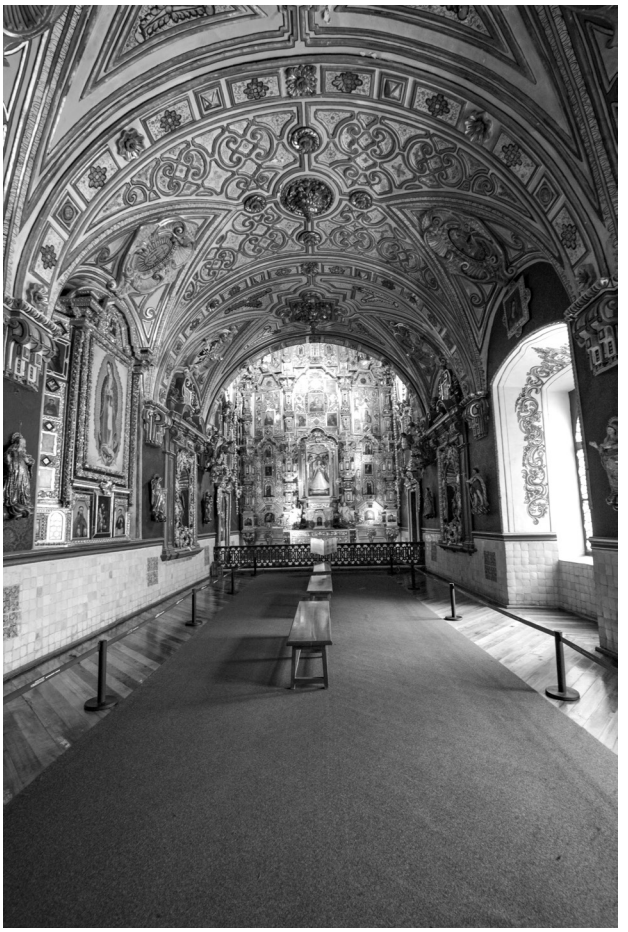
Uno de los edificios que merece estudiarse por su importancia arquitectónica es el que actualmente alberga al Museo Nacional del Virreinato, construido durante los siglos XVII y XVIII. El presente texto pretende recordar un poco de la historia de ese monumento, el cual estuvo a punto de perderse en el XIX, años después, gracias al proyecto del entonces presidente Adolfo López Mateos (cuyo sexenio trascurrió entre 1958-1964), fue restaurado y adaptado para que en sus espacios se mostrara la historia de la Nueva España. El conjunto de edificaciones que hoy aloja al recinto bien merece recordar su historia constructiva y el uso de sus instalaciones a lo largo de los siglos.

El principio de la historia: El Colegio de San Francisco Javier

La Compañía de Jesús llegó a la Nueva España en 1572 para complementar la labor de catequesis iniciada por los franciscanos, los dominicos y los agustinos a lo largo de la primera mitad del siglo XVI; sin embargo, faltaba organizar la educación formal de la juventud masculina. Ésta fue, en principio, la tarea que decidieron emprender los primeros jesuitas que arribaron a aquellas tierras. No obstante, pronto se percataron de



Fachada exterior del Museo Nacional del Virreinato, exiglesia de San Francisco Javier. Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones (CNME). **Fotografía** © Gliserio Castañeda.



Fachada interior del Museo Nacional del Virreinato, destaca la riqueza de los retablos dorados. CNME. **Fotografía** © Gliserio Castañeda.

que, para llevar a cabo su labor evangelizadora –y tomando en cuenta lo que el propio fundador de la orden, san Ignacio de Loyola (1492-1556), había establecido–, era indispensable aprender la lengua de los indígenas a catequizar. Por ese motivo se dirigieron al poblado de Tepotzotlán, donde se hablaba otomí, mazahua y náhuatl, principalmente.

Comenzaron a tratar a los pobladores y a evangelizar a los niños, por lo que se ganaron su aprecio, a tal grado que cuando ya estaban dispuestos a salir del lugar, le solicitaron al provincial su autorización para que se quedaran ahí, tal como lo comenta el cronista jesuita Francisco Javier Alegre:

> Y así, siendo vuestra señoría servido, señalamos para los padres de la Compañía las casas y huerta en que al presente residen, por estar ya acomodados al modo que es necesario para sí, y para ayudarnos al beneficiado que fuere, señalamos una casa del pueblo que está cerca de la iglesia, a donde le acomodaremos como fuere justo. A vuestra señoría ilustrísima suplicamos, por amor de nuestro Señor, admita la donación que por esta le hacemos, renunciando y cediendo en manos de vuestra señoría todo el derecho que a ellas tenemos, y en que recibiremos grande bien y merced. –Don Martín Maldonado.[1]

Este comentario lo considero muy importante porque nos indica dos cuestiones fundamentales, en primer lugar, refiere que los terrenos donde se ubica el actual museo fueron donados por los indígenas de Tepotzotlán, encabezados por el cacique Martín Maldonado, aunque no ha sido posible definir con precisión el sitio exacto de ese donativo, aunque el documento se refiere a la ubicación: "Señalamos una casa del pueblo que está cerca de la iglesia", por lo cual se puede deducir que eran los terrenos ubicados a un lado de la actual parroquia.

Por su trato, los padres lograron ganarse a los habitantes. Habían fundado el Colegio de San Martín, donde educaban a los niños indígenas desde 1584 y funcionó hasta 1767, año de la expulsión de la Compañía de Jesús decretada por el monarca español Carlos III; se dice que estos infantes sobresalieron en la música de tal manera que el arzobispo Pedro Moya de Contreras solía acudir en ciertas fechas religiosas para escucharlos.[2]

Esas tierras y casas fueron las primeras de una serie de donativos que varios benefactores otorgaron al Colegio de San Francisco Javier a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Algunas donaciones permitieron que el conjunto de edificios que hoy conocemos, lograra distinguirse como una de las construcciones barrocas más apreciadas del México virreinal.

Gracias al legado testamentario de 34 000 pesos oro de don Pedro Ruiz de Ahumada se inició la construcción del noviciado, según se asienta en el *Libro de Protocolos* del colegio. En la actualidad, estas dependencias se aprecian al entrar al museo por el atrio arbolado; se conocen como el Claustro de los Aljibes, por los dos pozos que pueden contemplarse al centro del patio, y que servían para abastecer de agua al colegio. Al parecer, con ese donativo se edificaron los primeros aposentos que constituyen hoy en día las salas de exhibición que acogen al visitante.

En aquella etapa debió edificarse también la Capilla Doméstica o de los Novicios, donde se puede contemplar la magnífica escultura funeraria de Ruiz de Ahumada que, como ya se mencionó, fue gracias a su generosa aportación que se empezó la construcción del colegio. Al paso del tiempo, esa capilla debió ser utilizada sólo por los habitantes del colegio, pues la población contaba con la parroquia para sus prácticas piadosas y, posteriormente, se erigió el templo de San Francisco Javier. Es preciso advertir que la actual ornamentación barroca de la capilla debe corresponder a una fase ulterior.

Como constancia de la época constructiva de este primer claustro está la serie de pinturas que ornamentan sus muros y que los jesuitas debieron encargar al pintor Cristóbal de Villalpando (1649-1714) en 1710, unos años antes de su

fallecimiento. El destacado artista del barroco reprodujo en lienzos de medio punto la vida del fundador de la orden. Es evidente que tuvo acceso a la biografía del santo De Loyola, escrita por el padre Pedro de Ribadeneira en 1572, fue acompañada con grabados de Pedro Pablo Rubens (1577-1640); dichas ilustraciones sirvieron para que el artista novohispano reprodujera en sus lienzos algunos pasajes de la biografía de san Ignacio.

Cuando se concluyó el colegio, tal y como se observa hoy en día, se decidió que en este claustro se instalara la botica y la enfermería para dar servicio a los habitantes del noviciado. Prueba de ello son las pinturas murales que se observan en sus salas, las cuales muestran a los santos médicos Cosme y Damián, en clara alusión a los servicios que prestaban dichos espacios.

Se desconocen, desafortunadamente, los detalles de cómo se planeó la construcción de las demás dependencias del que sirvió como colegio noviciado de la orden hasta el año de la expulsión de la Compañía de Jesús. Después de la edificación del Claustro bajo de los Aljibes, debieron continuar con los aposentos superiores que se utilizaron para el descanso diario de sus moradores.

Años más tarde, en el siglo XVIII, siguieron con la edificación del llamado Claustro de los Naranjos y, para ornamentarlo, los jesuitas le pidieron al pintor Juan Rodríguez Juárez (1675-1728) que ejecutara los lienzos acerca de la vida de la Virgen María que hasta la fecha se pueden contemplar. Vale la pena señalar que, para esa época, el noviciado debió contar con apoyos económicos suficientes, los cuales permitieron extender la construcción del colegio. Destinaron los nuevos espacios para la formación de los novicios de la orden, prueba de ello es la biblioteca que aún se conserva en su lugar original. Este claustro tiene dos niveles, el inferior, llamado Patio de los Naranjos, se concibió a la usanza europea; en la actualidad se siguen plantando este tipo de árboles, los cuales refrescan el ambiente. Al centro se ubica la fuente, que ostenta el año 1708, por ello se puede afirmar que para esa fecha ya estaban concluidas las dependencias. El espacio abierto con arcadas debió destinarse para el descanso y esparcimiento de sus habitantes, pues se sabe que contaba con un boliche, prueba de ellos es que aún se conserva una bola con la cual debieron jugar sus moradores.

En el nivel inferior se encuentra el área de servicios; hoy todavía se puede contemplar el refectorio, el anterrefectorio, la cocina, la despensa y el frigorífico. Vale la pena destacar que con los padres colaboraron especialistas en el diseño y edificación de dichos espacios, pues para la conservación de los alimentos construyeron un acueducto interno que conducía el agua desde la huerta para enfriar los muros y desembocaba en la fuente octagonal ubicada en el patio. En ella se observa el año de 1740, por lo tanto, es muy claro que para entonces el colegio ya tenía aquella área que permitía llevar a cabo con comodidad las actividades diarias de los maestros y novicios del colegio.

En el Claustro de los Naranjos se abre el acceso a la magnífica huerta que posiblemente tenga su origen en la donación de tierras del cacique Maldonado. Este bello espacio arbolado cuenta también con una pequeña capilla dedicada a la Virgen de Montserrat, devoción particular del santo De Loyola. Cabe mencionar que desde la fundación del museo se decidió trasladar la fuente original de Salto del Agua, en el centro de la Ciudad de México, a dicha huerta, pues estaba bastante erosionada y para protegerla se dispuso resguardarla en este recinto. La que se encuentra en el cruce de Eje Central Lázaro Cárdenas y avenida Salto del Agua es una réplica de la fuente que formó parte de los acueductos de Santa Fe y Chapultepec, los cuales surtieron de agua a la ciudad por más de un siglo.

Para terminar con estos espacios debo llamar la atención acerca de los claustros del colegio por estar cerrados, pues a diferencia de los conventuales de las otras órdenes que están abiertos con arcadas, los de los colegios jesuitas siempre están cerrados en su nivel superior, porque estaban destinados al estudio, en tanto que el nivel inferior se abre al patio de descanso.

El templo de San Francisco Javier

Al principio del establecimiento de la Compañía de Jesús en Tepotzotlán, como ya se dijo, los maestros y los novicios utilizaban la capilla doméstica para sus prácticas piadosas, pero para el siglo XVII planearon la construcción del templo que se dedicaría, al igual que el colegio, a san Francisco Javier (1506-1552), uno de los compañeros de san Ignacio de Loyola, con quien fundó la orden y, además, fue el primer misionero de la Compañía de Jesús.

Vale la pena aclarar que a partir de que se destinaron los edificios construidos por los jesuitas para albergar al Museo Nacional del Virreinato, el templo de San Francisco Javier dejó de ser utilizado para los servicios religiosos de la población y pasó a ser parte del recinto, lo cual no afectó a la comunidad, ya que la parroquia de San Pedro Apóstol, construcción administrada por el clero secular, es la más antigua del poblado y hasta la fecha sigue dando servicio a la gente.

La iglesia de San Francisco Javier puede considerarse como "la joya de la corona" para los visitantes del museo. Su historia es realmente interesante, pues tuvo varias etapas constructivas y ornamentales. En primer lugar, fueron doña Isabel Medina Picazo y su hijo Pedro –quien ingresó a la Compañía de Jesús– quienes apoyaron la edificación en el siglo XVII. Ambos nombres se leen en la lápida que se colocó en el crucero del lado de la epístola con fecha de 1682, como testimonio de esa donación.



Vista interior del claustro. CNME. **Fotografía** © Gliserio Castañeda.

Varios nombres están ligados a la edificación del templo. En 1670 los Medina contrataron al arquitecto Diego de la Sierra para iniciar la obra, pero fue José Durán quien la concluyó en 1682.[3] Desde luego que se hizo una espléndida ceremonia para la dedicación de la iglesia, consta en documentos que el orador principal fue el padre jesuita Francisco de Florencia, quien expresó sus felicitaciones y admiración por los benefactores, doña Isabel y don Pedro Medina Picazo, en un ampuloso discurso propio de la época.

En la actualidad podemos distinguir los espacios del templo construidos en el siglo XVII. De acuerdo con la usanza de aquellos tiempos, la planta es de cruz latina, al centro

de la cual se eleva la cúpula. En el exterior se puede observar la sencilla portada lateral de esa época y, si nos colocamos al frente del conjunto arquitectónico, se puede ver parte del que fuera el primer campanario de la iglesia, al lado opuesto de la magnífica torre que resalta la silueta del conjunto barroco del siglo XVIII.

Cuando se dedicó el templo, en 1682, estaba ornamentado por un retablo de soportes salomónicos propios de su tiempo, en éste se observaban las devociones preferidas de los Medina Picazo. Cabe advertir que, si bien los padres desecharon el retablo cuando remodelaron los espacios en el siglo XVIII, todavía se puede contemplar parte de la ornamentación de aquella época, es el caso de la pintura mural de las pechinas, en las cuales se aprecian cuatro santos de la orden: san Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja y los santos novicios san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka.

Estas pinturas estaban cubiertas por los lienzos de las pechinas de los cuatro evangelistas que en 1993 se retiraron para su conservación, justamente cuando se restauraron las pinturas de las bóvedas de Miguel Cabrera. Los lienzos recuperados se colocaron en el pasillo del antecoro.

En el siglo XVIII, gracias a la buena administración del padre rector Pedro Reales, se transformó la iglesia en la magnífica joya del barroco estípite que hasta la fecha admiramos, la cual constituye una muestra valiosa del arte novohispano de ese periodo. Diez son los retablos desplegados desde el presbiterio al crucero y la nave; todos son un buen ejemplo del estilo barroco de su tiempo que se identifica especialmente por sus pilastras estípites y su profusa ornamentación. Gracias a los documentos encontrados en los archivos[4] se sabe que los autores fueron Miguel Cabrera e Higinio de Chávez, el primero fue realmente quien diseñó los retablos, en tanto que Chávez los esculpió en madera de cedro blanco.

En cuanto a las devociones principales a quienes se dedicaron estos altares, es evidente que se trató de glorificar a los santos de la orden; además, se procuró recordar a quienes tienen relación con la población donde estaba inserto el colegio, el cual se dedicaba principalmente a la agricultura. Comentaré sólo las imágenes centrales: en el retablo mayor está coronando el conjunto a la Purísima Concepción, la orden jesuita se ha destacado siempre a partir de su fundador por la gran devoción a la Virgen María. En el nicho central se encuentra el santo protector del colegio: Francisco Javier. En cuanto a los retablos que enmarcan el mayor, uno está dedicado a los santos novicios encabezados por san Estanislao de Kostka; en el otro está san Francisco de Borja, a quien se debe el apoyo para que los jesuitas llegaran a la Nueva España.

Los dos brazos del crucero están cubiertos por retablos, en uno se observa el dedicado a honrar a los santos fundadores de las órdenes religiosas que llegaron a la Nueva España, encabezados al centro por san Ignacio de Loyola. En el otro, frente a la entrada a la sacristía, está el dedicado a la Virgen de Guadalupe, que para esa época ya tenía mucho culto. La Compañía de Jesús se distinguió por promover esta devoción.

El lienzo de la Guadalupana que preside este altar fue pintado por Miguel Cabrera, uno de los artistas que defendió las apariciones y escribió la *Maravilla americana* luego de vivir la experiencia de observar de cerca la tilma de Juan Diego. Es oportuno comentar que Cabrera, además de dirigir la ejecución del conjunto de retablos, también pintó las bóvedas del presbiterio y del crucero. Así, en la del altar mayor ejecutó la glorificación del santo De Loyola, en el crucero de la Guadalupana plasmó las cuatro apariciones a Juan Diego y, por último, en el otro crucero realizó la exaltación del fundador de la orden. Cabrera dejó constancia de su autoría al estampar su firma y la fecha de 1755 en el intradós de dichas cúpulas.

En la nave del templo hay dos retablos más, uno dedicado a la Virgen Santísima de la Luz y otro a San José, patrón de la Nueva España. Justo en la nave se puede observar el cancel bellamente tallado que cubre la entrada lateral del templo, el cual corresponde al siglo XVII, y frente a ésta se aprecia el espacio que da acceso a la pequeña Casa de Loreto, capilla construida gracias a la gran devoción que trajeron a la Nueva España los padres jesuitas Juan María Salvatierra y Juan Bautista Zappa, ambos habitaron en el colegio. Por ellos se edificó este pequeño recinto.

Al centro de esta capilla, dedicada en 1733, se reprodujo la pequeña casa que habitó la Virgen María en Nazareth, la cual milagrosamente fue trasladada por los ángeles a la ciudad italiana de Loreto, tal como se puede observar en las pinturas y los murales ubicados en la entrada de dicho espacio. De acuerdo con la tradición, la capilla tiene las dimensiones del recinto original, por eso imita la forma de una diminuta casa y el retablo y las bancas que se aprecian en su interior son de reducidas proporciones. En la parte posterior de la Casa se encuentra el Camarín de la Virgen, área que se distingue por su exuberante decoración de retablos y yeserías policromadas, cubierto con una cúpula ricamente ornamentada y rematada por un cupulín en cuya linternilla se colocó la simbólica paloma del Espíritu Santo.

En pocas líneas resulta imposible hablar con precisión de los espacios y ornamentación de esta iglesia, pues cada detalle merece una mayor descripción; sin embargo, para terminar con este breve recuento, cabe afirmar que Miguel Cabrera, el artista tantas veces nombrado en el presente texto, también ejecutó los dos grandes lienzos que se observan en la entrada, uno dedicado a las Ánimas del Purgatorio, en el cual Cristo glorificado preside el juicio de las almas. El otro representa a la Virgen María desplegando su manto para proteger a los integrantes de la Compañía de Jesús encabezados por su fundador y santo titular del colegio: san Francisco Javier.



Torre campanario del siglo XVIII del cupulín del camarín de la virgen. CNME. **Fotografía** © Gliserio Castañeda.

El Museo Nacional del Virreinato

El Museo Nacional del Virreinato, inaugurado el 19 de septiembre de 1964, además de exhibir los espacios históricos que se han comentado, e importantes colecciones del periodo novohispano, refleja la trascendencia de esa etapa en la historia de nuestro país. Numerosas pinturas, esculturas, textiles religiosos, platería, marfiles y otros acervos reverberan el trabajo gremial y la organización política y social de la Nueva España. GM

* Investigadora emérita, Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Notas

[1] Alegre, Francisco Javier, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España*, t. I, México, Imprenta de J. M. Lara, 1841, recuperado de: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-de-la-compania-de-jesus-en-nuevaespana-tomo-i--0/html/9f20dc41-753d-4516-9a30-fca525cb782d_10.html, consultada el 4 de enero de 2023.

[2] Pérez Alonso, Manuel Ignacio, "Los jesuitas en Tepotzotlán", en *La vida y la obra en la Nueva España*, México, Bancomer, 1988, p. 83.

[3] Tovar de Teresa, Guillermo, "La iglesia de San Francisco Javier de Tepotzotlán: eco de la vida artística de la ciudad de México en los siglos XVII y XVIII", en *Tepotzotlán. La vida y la obra en la Nueva España*, México, Bancomer, 1988, p. 68.

[4] *Ibídem*, p. 78.